

EL BUDISMO EN KAZANTZAKIS

Katerina Anghelaki

*"Tú has alcanzado la cumbre del dolor. Desde la cumbre del dolor comienza la salvación"*¹

*"¡Si yo supiera, Hou-Mign, a dónde va a radicarse tanto sufrimiento perdido del hombre! En alguna parte sobre la tierra, ni en el cielo ni el infierno, en alguna parte sobre la tierra, nuestra Madre, deben encontrarse las grandes cisternas en donde se acumulan las lágrimas de los hombres - y un día ellas se desbordarán"*²

El sufrimiento humano, este denso e indisoluble nubarrón que se mantiene inmóvil encima de los seres humanos como pesados trastos sobre perros perseguidos, el sufrimiento humano que no se apacigua sino con el tiempo y ni siquiera puede compartirse en el amor, que nace ya sea de la atrocidad de las relaciones sociales, ya sea del infierno íntimo del deseo y del apego o incluso, cuando es obra de la naturaleza, de ese terrible destructor que se llama Tiempo, es quizás la única interrogante en donde se encuentran y se unen todas las conductas espirituales - filosofía, religión y arte. Incluso, se diría que el arte se las ingenia no para encontrar soluciones sino para transmitir la interrogante tal cual es, sin respuesta a otro ciclo que ambiciona ser intemporal, es decir eterno. De hecho, si se extrae el factor "tiempo" de las situaciones dolorosas que conoce el hombre, espontáneamente y sin que ninguna otra intervención sea necesaria, la cosa misma se metamorfosea y, de sufrimiento, ella deviene "meta-sufrimiento". En otros términos, si el arte no ofrece solución pues él no dispone de un método para proponer otra cosa que sí mismo y si su simple existencia testimonia el callejón sin salida, en su función indisoluble que es la expresión él intenta traducir lo transitorio como eterno. Pues, mientras que el poema o la cantata son testimonios del sufrimiento a los cuales el arte ha dado nacimiento, en el seno de su duración

¹ Buda, Atenas, 1956, p. 538

² Ibid., p. 696.

infinita el arte ha abolido ya el sufrimiento, y la cigarra brilla entera por la limpidez de su muerte, desnuda sobre la rama.

Y quizás, paradójicamente, el arte reencuentra al budismo, pues lo más esencial de la concepción budista del mundo ¿no consiste en considerar el dolor como un efecto de la temporalidad?

Kazantzakis, quien, por su naturaleza misma de creador, se sitúa entre el filósofo que aspira a encontrar soluciones a las cuestiones metafísicas y el artista que se esfuerza por mostrar con fidelidad y exactitud el cuadro de un mundo doloroso en la eternidad, ha abordado el budismo, me imagino yo, seducido por una magnífica certeza: al recrear la figura de Buda en su arte, él se compenetra a la vez del secreto de la salvación, y sobre todo de la salvación por el arte propiamente dicho: "*¡Ah! ¡si yo pudiera formular en Buda lo que yo pienso! Yo me digo que esta obra será la última tentación del arte por recoger*"...³ Esta puede ser la razón por la cual Buda, en tanto que maestro espiritual pero también en tanto que personaje de tragedia, le ha acaparado tantos años, bien que por intervalos muy espaciados, y al cual él regresaba siempre. *Buda: "yo escribí su primera versión en 1921 (de hecho, en 1922, como lo anota P. Prevelakis), cuando yo estaba sumergido en el budismo; es cuando yo experimenté en ese personaje aquello que iba a experimentar Manolis en Cristo de nuevo crucificado; lo describo con precisión en mi Carta al Greco. Después lo reelaboré en Antibes (es decir, hacia 1950); de Buda no cambié sino ciertos aspectos pero que eran importantes"*⁴ (Kazantzakis, omite completamente señalar aquí que la obra fue en lo esencial escrita en 1941, después de la invasión italiana).

*"En Enero comienzo Buda de una manera nueva... yo no estoy de ningún modo apresurado. Como el pastor, yo voy a "guiar" mis dos exploradores durante años, Ulises y Buda. Hasta que nosotros lleguemos - o justo antes - a la tumba"*⁵.

¡Ulises y Buda! El símbolo de la acción y de la inacción, unidos el uno al otro en una misma jaula. ¡He aquí algo sorprendente! La explicación reside quizás en el hecho que Kazantzakis, en cierta manera, ha perdido la apuesta que él se había propuesto y en lugar de ganar su salvación personal por el budismo, él no se quedó sino con el arte el cual puede algunas veces liberar al prójimo pero no al creador mismo. Así, en la obra de Kazantzakis, Buda se transforma de símbolo de paz en símbolo de combate, puesto que éste

³ *Cartas a Galatea*, Atenas, 1958, p. 80.

⁴ *Cuatrocientas cartas de Kazantzakis a Prevelakis*, Atenas, 1955, p. 715.

⁵ *Ibid.*, p. 267.

último constituye el núcleo de toda la creación del escritor cretense. Y allí, en donde Ulises ante todo lucha por vencer al enemigo exterior - la injusticia, la maldad, la corrupción, la servidumbre con respecto a Dios -, Buda va a vencer el deseo y todos los tormentos interiores del hombre hasta que, finalmente, la carne se disuelva en espíritu. En *Ascesis*, en *La Odisea* y en sus novelas, siempre gracias al arte, que él sigue y prolonga sin cese, incluso si él se esparce en protestas, Kazantzakis escala el camino sembrado de contradicciones que nacen a la vez del desprecio de la naturaleza vil del hombre y de la admiración por las esplendorosas posibilidades que abre su acción.

*"¿Qué me importa si yo escribo tres versos pasables, si yo encuentro una bella comparación o si yo entrego una tragedia aceptable? Esos éxitos me parecen como otros tantos pecados: de tal manera yo siento cuánto me desvían de la misión difícil e ingrata de la cual sigo encargado más allá de la Belleza e individualidad. Todo lo que escribo en mi arte me parece un acto de cobardía, un incumplimiento, una palabrería, pues temo hacer frente al UNO, el único que grita en mí y que puede ser alumbrado"*⁶

Lo que en el budismo, parece emparentarse más con las etapas de una iniciación y de un itinerario, constituyen en Kazantzakis los momentos de una hazaña: *"¡Calma! ¡Calma! ¡La hazaña de la ascesis comienza en el presente! Inmóvil, el torso bien recto, tal como una columna de fuego, Buda resplandece bajo su gran Arbol estéril y sin flores"*⁷. La visión de la negación de toda acción y actividad es más bien confusa en Kazantzakis. Pues, cuando todos los combates son ganados, el escritor correrá la cortina. El escritor cretense se detiene allí en donde Buda continúa en la conciencia de sus fieles haciéndose un ser perfecto. Él lo utiliza como solución al problema humano pero no como abolición de aquel problema. En otras palabras dice, se trata de una actitud "física" que enseña la paciencia al descorrer la vanidad de las cosas, y no de una actitud "metafísica" que revela un mundo fuera de la realidad. La tragedia *Buda* acaba en el momento en que asciende, aterrador, el torrente del río Yang-Tsen:

"El mago (más bajo).- ¿Tú comprendes desde ahora, Maestro, qué es el Yang-Tsen?"

*El viejo (bajo).- ¡Sí, Buda!... Sé bienaventurado"*⁸.

⁶ *Cartas a Galatea*, Atenas, 1958, p. 80.

⁷ *Buda*, op. cit., p. 646.

⁸ *Ibid.*, p. 764.

Así se viene abajo el modesto esfuerzo para dominar el agudivinidad al mismo tiempo que se va ganando la dignidad humana: "Numerosos son aquellos - pues estos son espíritus mezquinos, llenos de espanto, o simplistas - quienes encontrarán que *Buda* es una obra pesimista. ¡Cómo comprenderían ellos que es un himno a la altivez y dignidad del hombre!", dice Kazantzakis en una de sus cartas al proclamar así la trama profundamente humana de su símbolo⁹.

Y en ese esfuerzo incesante de "volver inmortal a nuestra pobre vida"¹⁰, aquí y allá, como un sueño, como una imagen de una riqueza incalculable, se hace clara en Kazantzakis la visión de la salvación búdica relacionándose más bien a una representación de magos prestidigitadores que apuntan a sobrepasar - "burlándose de ello" - un penoso momento de desaliento, que a una fe o a un designio último: "Yo voy a desarrollar un cuento fantástico, una bandera de seda amarilla, yo voy a declarar la guerra al dolor, a la fealdad y a la muerte! ¡Buda! ¡Buda!"¹¹. Por un momento la vida deviene un juego, los tormentos son pliegues en el tejido de lo imaginario: "Yo te espero al alba, como un juego sagrado pleno de luz y de significación"¹². Pero el canto de la Cerezo Florido se extingue con el drama. El combate continua, nada ha sido vencido, nada ha sido domado, la salvación era un sueño: "¡Señor, Señor, Levántate! No busques la salvación en la soledad. Suelta las sombras, coge la carne, modela. El mundo no está hecho de meditación, de suspiros y de visiones; l está hecho de piedras, agua y de hombres"¹³.

La oposición Hombre/Dios -que quizás traiciona el origen cristiano del pensamiento y de la psicología de Kazantzakis-, se prosigue hasta el fin de su obra, incluso en el momento que, en *Ascesis*, él oye la voz de Dios gritar auxilio y que el hombre interviene para salvarlo. La conciencia humana no se pierde, ni se disuelve jamás en la conciencia divina. Opuestas, adversas, rivales, ellas se miden en la arena: si Dios triunfa, el hombre se hace perfecto. Si el hombre triunfa, Dios se hace responsable: "Maldito sea Dios que conduce al hombre a tanta perfección"¹⁴.

⁹ Cuatrocientas cartas... op. cit., p. 715.

¹⁰ *Buda*, op. cit., p. 504.

¹¹ *Ibid.*, p. 451.

¹² *Ibid.*, p. 549.

¹³ *Ibid.*, p. 655. Nos hemos ceñido más al texto griego y a la traducción de Castillo Didier.

¹⁴ *Ibid.*, p. 714.

La dualidad está siempre presente: el bien y el mal, la felicidad y la dificultad, la holgura y la privación, la pureza y la adoración, la carne y el espíritu. Incluso si la síntesis de las contradicciones que es buscada en *Ascesis* no es un objetivo sino un método de transición en vista de crear grupos organizados más importantes y de ampliar los peldaños de la ascensión. En la cumbre de aquella está el UNO, únicamente para que Kazantzakis pueda afirmar que ese UNO no existe. En otros términos, el combate se continua, el combate o la única catarsis que conoce ese asceta. Por lo demás, este UNO no se concibe como una sustancia primordial sino como una mónada que expresa el plusvalor del hombre. Y como un verdadero nietzscheico, Kazantzakis se debe despegar del UNO para que el hombre se libere.

Así, se tiene la impresión que el escritor cretense no consigue entrar al dominio búdico en donde el yo es inexistente, pues éste último está sometido a las sensaciones, a las representaciones, a la conciencia y al tiempo. Kazantzakis encuentra al budismo en la recompensa que sigue al combate. La ascesis del héroe kazantzakiano no conduce a la supresión de la lucha sino a su justificación. La victoria final sigue siendo el producto y el efecto de la acción consciente del hombre, como lo expresa el mismo autor¹⁵: *"Cuanto más bajo sea tu punto de partida, más alta será tu elevación. El mayor mérito del cristiano militante no consiste en su virtud, sino en el combate que libra para transmutar en virtud su impudor, su cobardía, su incredulidad, su malicia. Un día, el más glorioso arcángel irá a situarse a la diestra de Dios: no será Miguel, ni Gabriel, ni Rafael, ese será Lucifer, habiendo transmutado desde ahora su horrible oscuridad en luz"*.

Misma actitud de combate frente al sufrimiento humano: a los ojos de Kazantzakis, Buda es el maestro que, al término de bastantes ascesis, nos descubrirá la insignificancia de nuestro sufrimiento para que nosotros cesemos de padecer. Pero no se produce una transformación en que la sustancia misma de la vida cambiaría radicalmente y donde la desaparición del dolor sería una de las manifestaciones de ese cambio. La toma de conciencia de la relatividad de las cosas que permite atenuar lo que ellas tienen de demasiado absoluto -y que es la fuente de todos los males-, es en Kazantzakis una idea filosófica y una experiencia metafísica vivida.

¹⁵ La autora del ensayo no indica en el original la referencia exacta del texto. El traductor se permite ofrecer una al lector: O. S. *El pobre de Asís*, Editorial Planeta, Barcelona, 1971, vol. I, p. 687.

La muerte conserva su dominación exclusiva y ella es superada por un acto de valor para con la vida y no porque ella fuera virtualmente abolida a través de una sucesión de vidas diversas. La ausencia de Revelación en la obra de Kazantzakis es quizás lo que la vuelve cautiva del arte pues, allí, no hay Revelación. El arte mismo es Revelación, no por su contenido sino por su función¹⁶.

¹⁶ Traducción de Roberto Quiroz Pizarro, artículo tomado de *Le bouddhisme chez Kazantzaki, Le Regard Cretois*, n° 7, 1993 (Ginebra).